

32—Hablemos de fe y avancemos

«ESTAS cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: “Padre, la hora ha llegado: glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti, pues le has dado potestad sobre toda carne para que dé vida eterna a todos los que le diste. Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado. Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciera”» (Juan 17: 1-4).

Santificados en Cristo

Aunque conocemos que Jesús es el Salvador del mundo, él significa mucho más que esto. Debemos tener un conocimiento y una experiencia personal con Cristo Jesús, un conocimiento experimental de lo que Cristo es para nosotros y de lo que nosotros somos para Cristo. Esta es

Mensaje presentado al cierre del Congreso de la Unión de Australia, Cooranbong, el 23 julio de 1899. Manuscrito 93a, 1899. la experiencia que todos necesitan. Ahora bien, yo no puedo tenerla por ninguno de ustedes, ni ustedes pueden tenerla por mí. La obra que ha de ser realizada en nosotros, es a través de la manifestación del Espíritu Santo de Dios en las mentes y corazones humanos. El corazón debe ser purificado y santificado.

No necesito decirle a nadie que eso es así, porque todos lo saben. Ninguno de nosotros necesita abrigar dudas en cuanto a al punto donde nos encontramos o lo que pensamos: «Desearía saber dónde me encuentro respecto a mi relación con Dios». Más bien, mediante una fe viva debemos fusionarnos con Dios. Cuando lo hagamos, su poder se reflejará en nosotros. No existe ni la más mínima razón para que permanezcamos en un estado de ineficiencia y frialdad.

¿Qué nos pasa? «Si alguno de ustedes tiene falta de sabiduría, pídale a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada». Y le será dada. No hay «nada de peros» respecto a esto. «Pero pida con fe, no dudando nada» (Sant. 1: 5, 6).

Ustedes oran y le piden a Dios sabiduría, fortaleza y eficiencia. Sienten la necesidad de poseer estas virtudes, pero quizá, inmediatamente después de orar, suponen que la sombra infernal de Satanás se atraviesa en el camino de ustedes y que ello le impide ver más allá. ¿Cómo es eso posible? Pues, el diablo intentó ocultar la fe de ustedes en esa nube. Sin embargo, no es necesario que eso suceda. ¿Deben constituir los sentimientos nuestro criterio, o ha de ser la palabra del Dios viviente? ¿Hemos de enterrar nuestra fe en la nube? Eso es lo que Satanás quiere que hagamos. Sin embargo, no deberíamos darle esa satisfacción. ¿Qué debemos hacer?

A veces he sentido esa nube sobre mí; sin embargo, yo sabía que Dios estaba a mi lado. Desde que se inició este Congreso apenas me he podido sentar. Cuando llegué a las reuniones lo hice por fe, y no estaba segura de que pudiera decir algo. He sufrido de un malestar tan terrible que apenas podía pronunciar mi nombre. Pero me dije: «Iré; voy a colocarme en el canal de la luz y allí permaneceré hasta que el Señor me ayude». Tengo mucho que conversar con el Señor en las noches, y siempre sé que él me ayudará. Cuando llegué aquí estaba tan débil que no sabía si podría hablar o no. Pero ustedes saben cómo él me dio fuerzas, y la última vez cuando les leí aquel largo artículo a ustedes, él me sustentó. Le agradezco por haberme dado las fuerzas para hacerlo. Estoy maravillada de la fortaleza que me ha concedido

«Pero pida con fe, no dudando nada». No permitamos que abriguemos la más mínima insinuación del diablo. Ha de ser «no dudando nada, porque el que duda es semejante a la onda del mar» (vers. 6). El Señor hará grandes cosas por nosotros si tan solo confiamos en él.

Buscar la dirección divina

Recuerdo que cuando estuve en Suiza, las tinieblas del enemigo descendieron sobre nuestra senda, mientras intentábamos realizar allá una obra para Dios. Yo quería que ellos llevaran a cabo una obra especial al construir algunos edificios, y traté de persuadirlos de diversas formas. Por último, después de haber estado presente durante un largo tiempo, no pude hacer más. La reunión finalizó y fui a mi habitación y dije: «Me aferraré a las promesas de Dios, y esas promesas son “sí, y amén”, y creo que son mías”.

Luego dije: «Señor, enséñame qué hacer en esta emergencia, porque no me daré por vencida, ni vacilaré para nada en este asunto». Bien, el Señor ayuda a los que no vacilan, y parecía que hubo tantas opiniones como personas presentes. Necesitábamos construir una escuela y un salón de reuniones.

Eleve esta oración: «En ti he confiado. Tú cuidarás lo que te he entregado. Tienes que fortalecer mi fe». Me mantuve aferrada [al Señor] y mientras oraba pareció que el dulce Espíritu de Dios llenaba aquella habitación en una oleada tras otra. Cada elemento de incredulidad, o cosa parecida, fue removido, por lo que aprobamos cada punto y así las edificaciones fueron levantadas.

Necesitamos esa fe que no claudicará, una fe que no fallará ni se desanimará. Sé que la fe de ustedes ha de ser probada y sé que la bandera de la verdad tiene que ser alzada aquí, por todas partes. «¿Por qué?», diría alguien, «¿cómo podremos hacer todo eso si el Señor viene pronto?». ¡Cierto!, el Señor puede hacer más en una hora de lo que nosotros podemos hacer en toda una vida. Cuando vea que su pueblo está completamente consagrado, les aseguro que una gran obra será realizada en corto tiempo. El mensaje de verdad ha de ser llevado a los lugares más recónditos de la tierra donde nunca ha sido proclamado.

Cuando llegamos Melbourne yo estaba muy enferma. Algunos de ustedes lo saben. Era necesario sostenerme con almohadas, y me llevaban en brazos hasta el auditorio para hablarle a la gente. Pero siempre he gozado de la presencia y la bendición de Dios. Fue un tiempo valioso para mí.

El cielo se interesa en nosotros

Si enfrentamos lugares o situaciones difíciles, sepamos que todo el cielo está interesado y nos sostendrá si no desmayamos o nos desanimamos. Aferrémonos al Todopoderoso. No manifestemos incredulidad en lo absoluto, porque mientras más hablemos de eso, más dudas surgirán. Cuanto más se hable de tinieblas, más tinieblas habrá. Mientras más hablen ustedes de la luz, más luz tendrán; y cuanto más se hable de fe, más fe tendrán.

Deseo leer algunos versículos más. (Juan 17: 14-19). La verdad de Dios debe santificar al hombre en cuerpo y alma. No harán suya la verdad a menos que la pongan en práctica.

Nuestro precioso Jesús abandonó todo el cielo y vino a este mundo para santificarnos por medio de la verdad. ¿Seremos santificados? En su vida y ejemplo, sus lecciones y sus palabras, estaba la santificación del Espíritu de Dios. La santificación estaba en él por causa nuestra. Dios mismo obró por medio de la humanidad, precisamente como los seres humanos tienen que obrar a través de ella. Por eso fue que Cristo asumió la naturaleza humana para enseñar a los seres humanos cómo obrar por medio de ella. Tomó la naturaleza humana a fin de experimentar la muerte en nuestro lugar, para que pudiéramos tener vida e inmortalidad mediante su vida y muerte.

«Pero no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos» (Juan 17: 20). Esa oración de Cristo es para nosotros, para que seamos santificados por medio de la verdad. «Para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste» (vers. 21). Eliminen la frialdad de sus corazones; expulsen las sospechas malignas; saquen de él todo mal pensamiento y permitan que el Señor Jesús ocupe el trono del corazón y reine allí.

«Yo les he dado la gloria que me diste» (vers. 22). El carácter que Dios le dio a él, nos lo ha dado a nosotros. «Para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado» (vers. 22, 23).

¿Podemos comprender eso? Es algo maravilloso, que Dios ame a quienes creen en él así como ama a Cristo. Somos hechos uno con Dios y necesitamos esa unidad. Debemos buscarlo fervientemente por esa fe una vez dada a los santos, y necesitamos el espíritu del mensaje del tercer ángel. Debemos reconocer que el

fin de todas las cosas se acerca; que el habla es un talento; y que la fe es el don de Dios; y tenemos que trabajar y orar para que Dios preserve esa fe.

Deben ustedes afirmarse en la Palabra y decir: «Creo; creeré; prosigo a la meta del premio, y todo lo que me estorbe será eliminado completamente; no permitiré que nada se interponga entre mi alma y Dios».

La negra sombra de Satanás se atravesará en nuestra senda si permitimos que nuestra fe se hunda en ella. Pero tenemos que hacer como el águila cuando está en una nube desconcertada en la niebla. No va de un lado a otro como si estuviera perturbada, sino que prosigue hacia lo alto a través de la nube, hasta que llega a la claridad de más arriba. De igual forma, deberíamos elevarnos más allá de la sombra infernal de Satanás, cuando él trata de eclipsar los rayos de luz que proceden de Dios.

Ahora bien, necesitamos la vida de Cristo en nuestros corazones para que nos haga uno y para exista en nuestro medio unidad de acción. Debemos proseguir a la meta, al premio del supremo llamamiento que es en Cristo Jesús, nuestro Señor. Necesitamos esa fe activa y viva que confía en la palabra de Dios. Debemos tenerla, y Dios nos permitirá tenerla si la deseamos.

El desánimo y la incredulidad

No tenemos que desanimarnos. Debemos deshacernos de la incredulidad; no necesitamos hablar de ella, estimularla o abrirla. Más bien debemos proseguir a la meta, al premio del supremo llamamiento que es en Cristo Jesús, nuestro Señor. Me siento ansiosa, porque sé que el tiempo ha llegado cuando el pueblo de Dios debería colocarse sus hermosas vestiduras. «¡Levántate, resplandece, porque ha venido tu luz y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti!». Es la palabra de infinito poder que él desea que ustedes coman y beban. Él quiere que coman su carne y beban su sangre. Entonces la voz será dotada de un poder impresionante.

Recuerdo que después de 1844 éramos un pequeño grupo de apesadumbrados creyentes. Había un niño que tenía veinticinco centavos y los arrojó en un lodazal, porque supuso que no los necesitaría, ya que el Señor vendría pronto. Luego se lo vio buscando sus veinticinco centavos en el lodo. Pensé: ¿Cuántos de nosotros haríamos exactamente lo mismo? Hubo un hermano que estuvo orando en un grupo y empezó a decir en alta voz: «Grande, grande, grande es Jehová y digno de suprema alabanza». Creo que lo repitió varias veces, y su faz brillaba. Antes de finalizar, el poder de Dios descendió sobre nosotros. Aunque en verdad estábamos desilusionados gozábamos de la bendición de Dios.

La función de la alabanza

«En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo. Será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se

hallen inscritos en el libro” (Dan. 12: 1). Que todos se pregunten: «¿Está mi nombre inscrito en ese libro?». No piensen en sus hermanos y hermanas, temiendo que no están listos, piensen en ustedes mismos. Deben saber en qué situación se encuentran, saber que Cristo, la esperanza de gloria, mora en ustedes. Necesitan estar continuamente cantando, y cuando lo hagan dejarán de criticar. Si están contemplando a Jesús, no tendrán tiempo para nada más. Y si miran su rostro, él se reflejará en el de ustedes. Todo el llorar y el gemir de ustedes está deshonrando a Dios, porque «el que ofrece sacrificios de alabanza me honrará”.

Enfrentarán pruebas en sus iglesias porque hay murmuradores, quejosos y criticones en ellas. Sigán adelante con entusiasmo. Cuando el hermano Irvin y el hermano Haskell regresen a Estados Unidos, enfrentarán pruebas allá. No permitan que sus almas se abatan, o que los colme el desánimo. Más bien, sigan adelante, firmes en Jesucristo, manteniendo sus ojos fijos en la corona de vida que Cristo, el juez justo, les dará en aquel día.

Manténganse alabando a Dios, y cuando el diablo los tiente, canten. Cuando Cristo era niño fue tentado en toda forma. ¿Qué hizo? Cantó salmos, y alabó a Dios, y hubo música en su voz. Los corazones y las mentes de todos los que lo escucharon fueron impresionados. Él quiere que ustedes mantengan su vista en el cielo, pues el cielo está mucho más cerca de lo que piensan. Los santos y ungidos de Dios están al lado de ustedes, y aquí está su iglesia, el más grande objeto de su amor que jamás ha existido. Él cuida de todos nosotros.

Lo amo porque él me amó primero. Lo amo porque dio su vida por mí. Deseo que Dios no me permita acobardarme. Cuando los hijos de Israel salieron a pelear, Dios les dijo que cantaran, y tan pronto como empezaron a hacerlo sus enemigos huyeron, porque vieron ante ellos a todo el ejército del cielo. Pensaron que serían destruidos y huyeron. Dios desea que derrotemos al enemigo. Oremos como nunca antes hemos orado. No oramos ni la mitad de lo necesario. Deberíamos orar y celebrar reuniones regulares de alabanza. Que Dios les bendiga, y que el Espíritu de Dios esté con ustedes.